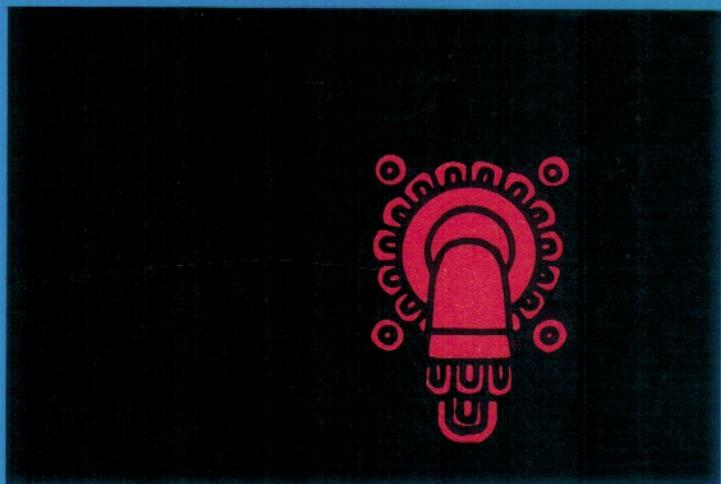


*REVISTA MEXICANA
DE ESTUDIOS ANTROPOLOGICOS*



TOMO XLIV 1998

EL MUSEO NACIONAL DE
ANTROPOLOGÍA A REVISIÓN

REVISTA MEXICANA DE ESTUDIOS ANTROPOLÓGICOS

Tomo XLIV

1998

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
LA REESTRUCTURACIÓN DEL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA	9
Pedro Ramírez Vázquez	
LA TRADICIÓN INTEGRAL DE LA ANTROPOLOGÍA MEXICANA Y EL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA: PERSPECTIVA HISTÓRICA.....	13
Julio César Olivé Negrete	
EL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA FRENTE A LA NACIÓN	23
Roberto García Moll	
UNIDAD TEÓRICA DE LA ANTROPOLOGÍA Y DIVERSIDAD DEL QUEHACER ANTROPOLÓGICO....	27
Leonardo Manrique Castañeda	
EL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA DESDE LA PERSPECTIVA LINGÜÍSTICA	39
Roberto Escalante H.	

MUSEOS, ETNOGRAFÍA E HISTORIA	43
Denise Hellion	
EL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA VISTO DESDE EL NORTE DE MÉXICO	51
Beatriz Braniff C.	
COMENTARIOS ACERCA DE UNA POSIBLE REESTRUCTURACIÓN DEL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA	59
Mari Carmen Serra	
CARACTERÍSTICAS LINGÜÍSTICAS DE LOS PUEBLOS PREHISPÁNICOS	65
Benjamín Pérez González	
CONSIDERACIONES SOBRE LA SALA DE INTRODUCCIÓN A LA ANTROPOLOGÍA	73
Beatriz Barba de Piña Chan	
EL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA	77
Eduardo Matos Moctezuma	
¿EL INDIO Y SUS OBRAS O LAS OBRAS DEL INDIO? A PROPÓSITO DEL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA	81
Sergio López Alonso	
ELOGIO DEL MODO DE VIDA DE LOS GRUPOS ÉTNICOS DE MÉXICO	91
Jesús Montoya	
EL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA Y LOS INDIOS	95
Margarita Nolasco	
LA PRESENCIA INDÍGENA EN LA ETNOGRAFÍA DEL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA	103
Subdirección de Etnografía	

PATRIMONIALISMO E INVESTIGACIÓN. PROPUESTAS PARA UN MUSEO NACIONAL DE ETNOLOGÍA	109
Luis Vázquez León	
UN NUEVO MODO DE PENSAR AL HOMBRE. IDEAS Y PROPOSICIONES PARA LA REESTRUCTURACIÓN DE LAS SALAS DE ETNOGRAFÍA DEL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA	119
Lina Odena Güemes	
UN NUEVO MUSEO ETNOGRÁFICO	125
Guillermo Bonfil Batalla	
LA INVESTIGACIÓN EN EL MUSEO NACIONAL	131
Marcia Castro-Leal	
“UN ESPEJO DONDE LA POBLACIÓN SE CONTEMPLA PARA RECONOCERSE”	143
Marco Barrera Bassols	
EL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA Y LOS PROCESOS DE INVESTIGACIÓN Y FORMACIÓN ANTROPOLÓGICA: LAS PARADOJAS DE UNA RELACIÓN INCERTA	149
Gloria Falcón Martínez	
INVESTIGACIÓN Y MUSEO: LA EXPERIENCIA DEL CENTRO REGIONAL DE JALISCO	157
José Guadalupe Sánchez Olmedo y Luis Javier Galván Villegas	
ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA REESTRUCTURACIÓN DEL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA	169
Jesús Nárez	

HISTORIA Y FUTURO DE LA INVESTIGACIÓN Y DOCENCIA EN UN MUSEO DE ANTROPOLOGÍA	173
Mechthild Rutsch	
LOS SERVICIOS EDUCATIVOS DE LOS MUSEOS	181
Carmen Carranco Muñoz	
y María Engracia Vallejo Bernal	
LA PROBLEMÁTICA EDUCATIVA EN EL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA	187
Adalberto Zapata	
LA FUNCIÓN DE DIVULGACIÓN DEL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA	193
María Teresa Gómez Mont, Jacinta Cámara Sánchez, Rita Contreras Villarreal y Rosa María Gómez Palacios	
LOS SERVICIOS EDUCATIVOS EN EL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA	201
María Cristina Sánchez Bueno	
LA PROYECCIÓN EDUCATIVA DEL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA ANTE LA INDEFINICIÓN DE LO INDÍGENA	205
Silvia Terán y Laura Zaldívar	
EL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA ANTE LA SOCIEDAD	215
Yólotl González Torres	
LA IDENTIDAD NACIONAL Y EL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA	221
Héctor Tejera Gaona	
SÍMBOLOS NACIONALES E IDENTIDAD NACIONAL: EL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA	227
Maya Lorena Pérez Ruiz	

SÍMBOLOS NACIONALES E IDENTIDAD NACIONAL: EL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA

Maya Lorena PÉREZ RUIZ

El Museo Nacional de Antropología, desde sus inicios, y aun desde sus antecedentes inmediatos, ha tenido como objetivos fundamentales la conservación del patrimonio histórico y cultural de México, así como participar en la educación y la transmisión de conocimientos hacia la sociedad nacional.

Durante los más de cincuenta años que tiene de vida el Museo Nacional de Antropología, lo que sin duda se ha modificado en él han sido los medios específicos para lograr sus objetivos, así como la red de relaciones del Museo con el INAH en su conjunto. Pero en el fondo se ha mantenido constante su inmersión dentro de políticas culturales y educativas más amplias, nacionales, que lo sitúan como parte de un conjunto de instituciones y acciones culturales desde donde se construye, reinterpreta y difunde la llamada cultura nacional.

Desde esa perspectiva, y por el número de personas que lo visitan al año, se ha caracterizado por ser un ámbito privilegiado que ha contribuido a la construcción de una identidad nacional basada en la recuperación del pasado prehispánico y en las particularidades y la riqueza pluriétnica del presente. Así decenas de investigadores y muchos otros trabajadores han participado en la selección de los objetos arqueológicos y etnográficos considerados significativos o representativos de las culturas del país, y han contribuido con sus conocimientos a brindar las interpretaciones necesarias que acompañan a dichos objetos.

Por tanto, el MNA es depositario de vastos legados arqueológicos, etnográficos y documentales sobre la mayoría de los grupos indíge-

nas que habitaron y habitan actualmente el país, pero también ha sido un campo en torno al cual se discuten y disputan los significados que acompañan al patrimonio cultural allí conservado.

De esta manera, en sus salas de exposición, en sus bodegas y en su acervo documental, para dar un ejemplo perceptible a primera vista, es posible advertir con cierta claridad los grupos culturales que con más privilegio se han estudiado, así como se perciben, por ausencia, aquellos que se han considerado de menor importancia. Lo mismo ocurre con textos de interpretación. En ellos es posible leer las diversas concepciones de la historia y los modelos analíticos con que fueron interpretados unos y otros materiales.

En la selección, en la interpretación y en el acomodo de los objetos están comprendidas además las concepciones museográficas que han guiado las exposiciones. Qué se expone, qué se dice, qué se omite, y cómo se dice y expone, configuran mensajes en los que es posible reconstruir polémicas políticas y académicas que han influido en la vida del país en general y en la del MNA en particular.

○ ¿Qué es lo significativo en una cultura?, ¿cuáles son los rasgos de comportamiento o elementos materiales que le dan identidad?, ¿cuáles son los que la diferencian o asemejan a otra?, ¿cuáles son las causas y los móviles de sus transformaciones?, ¿cómo se explican, cómo se explicitan u ocultan las relaciones interétnicas, de subordinación y de dominación, que ha habido entre ellas y con las poblaciones no indígenas?, ¿cómo explicar las variaciones culturales dentro de un mismo pueblo y cómo y por qué otorgar más valor de representatividad a un elemento cultural que a otro?, y ¿cómo han sido integradas todas ellas, con sus complejidades y contradicciones, con su pasado y su presente a la historia y la identidad nacional?... Éstas son sólo algunas de las preguntas cuyas respuestas, explícita o implícitamente, consciente o inconscientemente, están presentes en la visión y en la expresión museográfica correspondiente, acerca de cada una y del conjunto de las culturas indígenas del país.

○ Hoy se debate abiertamente sobre el papel del MNA en la vida del país y se discute cuál ha de ser en ese contexto su futuro. Detrás de los argumentos sobre los espacios físicos que demandan las actuales colecciones arqueológicas y etnográficas y cuáles han de ser las formas de resolver esas demandas, están sin duda otras polémicas, presentes no sólo en México sino en el mundo entero.

A mi juicio son dos los puntos que se discuten o que se deberían discutir: 1) el papel de los museos como espacios que contribuyen a la difusión de determinadas concepciones de la historia y la cultura, o las culturas, de un país, y 2) el tipo de relaciones que establecen los museos con la sociedad nacional en general y con su público en particular.

Esta polémica no es nueva. Se ha trabajado en torno a ella desde los años setenta al puntualizarse el papel que desempeña la cultura en la reproducción social de los pueblos, al destruirse el mito de la objetividad de la historia y el patrimonio cultural, y al ponerse al descubierto el papel que desempeñan los museos como espacios de producción y reproducción simbólica en beneficio de los sectores dominantes.

A la luz de todos estos antecedentes es imposible tratar de ocultar en nuestros días el papel que el MNA ha desempeñado en la creación de una imagen de unidad e identidad nacional y su proyección hacia el exterior del país, así como en la creación de una conciencia histórico-nacional entre los habitantes del territorio de México. Es obvio que el MNA ha estado inmerso en políticas educativas y culturales más amplias; por ello, no podemos dejar a un lado la hipótesis de que en su trayectoria ha participado en la construcción de un “nosotros nacional” mediante la selección de elementos culturales emanados de las culturas indígenas, pasadas y presentes, que han sido elevados al rango de símbolos de identificación nacionales. Más aún, casi podríamos asegurar que ha contribuido a enaltecer algunas culturas como las más importantes y las más representativas del desarrollo cultural del México prehispánico y, por ende, de la identidad y la cultura nacional del México actual.

Contenidos estos que seguramente encontrarían, si se estudiaran, un correlato en los libros de texto, en los folletos de divulgación y en los discursos políticos de diversas personalidades.

Así la Piedra del Sol (llamada también Tláloc) Tlalocán

¿Con qué criterios se ha difundido entre la población, hasta convertirse en verdad sabida o murmurada por todos, la superioridad cultural de un grupo sobre otro?, ¿con qué criterios de legitimidad se instituye una u otra cultura como representativa de colectividades humanas tan diversas como las comprendidas bajo la identidad de los mexicanos?, ¿con qué concepción es posible sumar elementos y símbolos culturales de grupos diferenciados bajo el paraguas colectivo de la identidad nacional?

No se pretende responsabilizar de todo ello al MNA; pero es necesario que los sectores de intelectuales y políticos que han participado en la construcción ideológica y patrimonial del México contemporáneo, asuman, en la medida que les corresponda, su responsabilidad en las concepciones actuales de la historia y la identidad de los mexicanos.

Más aún, es necesario reconocer, si se quiere avanzar en la discusión, que el MNA es también un espacio donde se manifiestan, expresan y luchan sujetos sociales con concepciones diferentes acerca de las políticas culturales y del futuro del país. En este mismo foro no sólo se discute el futuro del MNA y la especificidad de sus contenidos arqueológicos y etnográficos, sino que se pone de manifiesto una disputa más amplia por el control hegemónico de los espacios culturales del país entre quienes sostienen concepciones diferentes acerca del papel de la historia, el patrimonio y las instituciones culturales en la reproducción global de la sociedad.

Como sucede en otras partes del mundo, puede cuestionarse el carácter coleccionista y cosificador de los museos desde el momento en que extraen de su sitio los elementos culturales para ser expuestos en vitrinas o salas especiales, mientras los pueblos vivos a los que corresponde ese patrimonio se debaten entre la extinción por hambre y miseria o a causa de las políticas nacionales educativas, económicas y sociales que no respetan sus especificidades ni sus derechos como pueblos independientes. Ante la conservación de las culturas en los museos y la destrucción de los pueblos vivos que las producen, surgen en efecto preguntas cuestionadoras que ponen en duda el valor de los museos. ¿Para qué o para quién sirve un museo de antropología en el contexto de una política cultural que cotidianamente tiende a la destrucción de sus diferentes grupos culturales?, ¿de qué les sirve a esos pueblos ver sus objetos, escuchar la

historia que de ellos se cuenta en un museo que no siempre explica la situación en que viven, y en el que, además, no siempre tienen la posibilidad de opinar, de decidir lo que considerarían su patrimonio cultural, ni de contar su propia visión de la historia?, ¿no sería mejor una política cultural, económica y social congruente con el desarrollo, y respetar las culturas de los indios que todavía viven?

Otro punto que sin duda está en la mesa de discusiones es el debate entre la necesidad de conservar el patrimonio y su permanente actualización, y con ello está vigente el problema de quién o quiénes deciden lo que ha de considerarse patrimonio cultural y lo que, producto de las rápidas transformaciones culturales, no puede serlo. ¿Quiénes y con qué criterios deciden que sí es patrimonio cultural un huarache de cuero y no uno de plástico o con suela de llanta de automóvil?, ¿dónde y en qué momento ha de suspenderse la adquisición de piezas para un museo de antropología entre grupos con alto grado de transformación cultural?, ¿en qué momento dejan de ser indígenas y por tanto apetecibles para un museo de antropología y comienzan a ser ambiguamente "populares" y por tanto museográficamente adecuados para otro tipo de museo?

Unido a lo anterior se cuestionan los tipos de mensajes que se emiten desde los museos y las relaciones de éstos con la sociedad nacional. En el fondo de este punto se hallan, por una parte, la conciencia cada vez más clara de la importancia de la cultura para la reproducción o la transformación de los grupos y sistemas sociales, y, por la otra, las demandas de una población cada vez más exigente que se niega a ser objeto pasivo de políticas culturales en las que sin su participación se deciden aquellos mensajes y concepciones que se consideran verdaderos o útiles para tal o cual causa. Y en ese sentido los museos, o son lugares desde donde se dictan verdades históricas construidas por sectores elitistas de la sociedad para sus fines particulares, o son lugares desde donde podrán expresarse y debatirse los contenidos y el sentido de políticas culturales más democráticas y participativas.

Analizado en sí mismo, y a la luz de la discusión anterior, es decir, visto solamente como espacio de construcción de mensajes hegemónicos al servicio del Estado y de las clases dominantes, y analizado únicamente como un espacio cosificador y descontextualizador de

las culturas, el MNA no tendría más alternativa que su propia desaparición.

Sin embargo, visto en un contexto mayor, recuperando su papel eminentemente educativo, generador de identidades, transmisor de conocimientos, y percibido además como un espacio potencialmente apto para la comunicación, la expresión y la discusión plural, el MNA puede tener un amplio margen para su desarrollo y actualización.

En efecto, si situamos al Museo de Antropología como integrante de un campo cultural, y de una institución nacional (el INAH), que comprende otras instancias de investigación y discusión académicas así como otros espacios museográficos y otras acciones culturales que involucran a sectores diversos de la población, será posible encontrar respuestas a las preguntas antes planteadas. Y no porque se lleguen a construir verdades o fórmulas mágicas para su solución, sino porque se abrirá el MNA como un espacio que permita la discusión y las soluciones múltiples y cambiantes adecuadas a una realidad social y cultural también cambiante.

Y cuando digo esto me estoy imaginando un museo abierto a discutir con los intelectuales, con los estudiantes, con los indígenas y con su público real y potencial, el sentido de sus mensajes, así como la que se demanda como motivo de conocimiento y conservación y las formas museográficas de presentar las colecciones.

Me estoy imaginando un museo dentro de una red muy amplia de instituciones gubernamentales y grupos sociales independientes, que sea capaz de enriquecer sus exposiciones y sus eventos con los conocimientos generados por otros centros de investigación y con las experiencias y colecciones de los museos comunitarios, de los museos de sitio, de los centros culturales indígenas y de las experiencias organizativas de los indígenas vivos que luchan por conservarse como tales. Me estoy imaginando un museo que contenga salas de exposiciones móviles, temáticas pero no estáticas, que sean capaces de albergar y expresar contenidos diversos y cambiantes. Un museo con foros permanentes que inviten a los indígenas, pero también a las amas de casa citadinas o rurales, a los jóvenes, a los antropólogos y a quienes acepten la convocatoria, para definir lo que ha de convertirse en patrimonio cultural, y cómo y dónde y por quiénes ha de ser conservado y utilizado.

Me estoy imaginando un museo alimentado por múltiples vías. Un museo que no esté al servicio de un solo discurso que se presente como verdadero, ya sea estatal, intelectual o indígena. Y sobre este último punto quisiera señalar que no me opongo a la idea de un museo nacional al servicio de los indios, sólo que desde mi punto de vista un espacio con ese fin debe ser asimismo un espacio democrático y plural, pues de lo contrario fomentaríamos el autoritarismo y contribuiríamos a la confrontación cultural y racial, antes que a la construcción de una nación pluriétnica, pluricultural y democrática.

Pretender a estas alturas que los antropólogos podemos desaparecer o mimetizarnos con las culturas indígenas sería tan ingenuo como seguir pensando que ellos sobreviven como entes aislados y puros. Pretender que indios y antropólogos no tenemos nada que decirle al resto de la sociedad nacional, y que ésta no tiene nada que decirnos, es tan ingenuo como querer mantenernos todos como sectores puros dentro de una vitrina de museo.

En este sentido el Museo Nacional de Antropología debe tener como causa y objetivo el convertirse en un espacio de conservación, comunicación, expresión y educación al servicio de un proyecto de nación democrático, en el que puedan dialogar y confrontarse los diversos sectores que la conforman. En este orden de ideas, carece de sentido, la discusión sobre si crecen o no las salas arqueológicas en detrimento de las etnográficas, o si lo que debe hacerse es un museo nacional de etnografía.

Lo que se requiere entonces es reformular la concepción misma del Museo Nacional de Antropología para que éste no presente visiones parciales sobre una disciplina, un determinado periodo histórico o un grupo selecto de culturas. Lo que se necesita es sacarlo de su aislamiento respecto a otras instancias institucionales y grupos sociales que pueden alimentarlo. Lo que se requiere es pensarla con imaginación para que, sin necesidad de que sus muros se muevan, pueda crecer a través de otros museos, de exposiciones móviles, de publicaciones, de boletines, de la radio, la televisión, los carteles, etcétera, y, fundamentalmente, de la participación continua de la sociedad nacional.